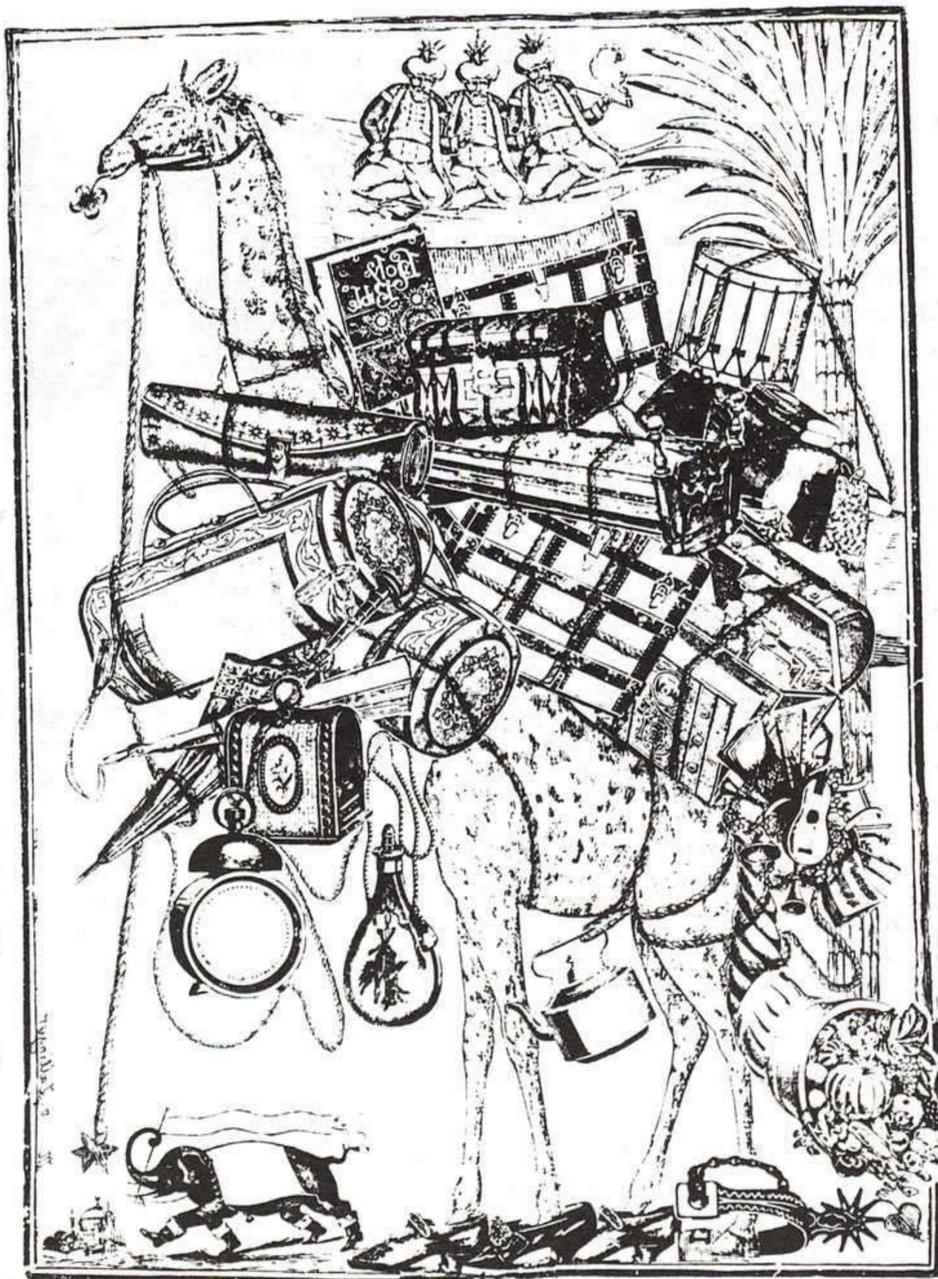


EN TEORÍA

Leer sólo las líneas

por **Fabrizio Caivano**

Ante el texto literario la inocencia del lector es, más que cualquier otra cosa, aconsejable para un disfrute sin paliativos. Por su lado, lo que hay que exigir al libro es una capacidad para cautivar, emocionar y



MÓNICA VON ZALLINGER.

provocar todo tipo de reacciones, pues, como bien postula el autor del artículo, lo realmente imperdonable es el aburrimiento, la mediocridad o el plagio. Leer sólo las líneas, frente a leer entre líneas, la polémica está servida.

Cuando un adulto lee un libro infantil o juvenil, situación excepcional, suele dejarse llevar por dos prejuicios. El primero consiste en suponer que un libro, cualquier libro por extensión, se presta sólo a la lectura que él hace. El segundo, derivado de éste, se comete en nombre de unos postulados —morales, sociológicos o políticos— que el adulto considera como axiomas: exige al libro que coincida con esos valores.

En ambos casos lo que hace el lector adulto es una lectura policíaca, que violenta el encaje de bolillos que quiere ser toda narración. Tras esa autopsia lectora lo que queda es un conjunto de desacuerdos flagrantes —o acuerdos, que es lo mismo— con el universo moral del lector. Después de la pesquisa, la condena es fácil. Consecuentemente, Tarzán es convicto de racismo colonialista, el Pato Donald es un agente del capitalismo transnacional, las hadas modelos sexistas, y Búffalo Bill un rudo genocida. Tales lecturas son parciales y poco recomendables, puesto que cuelan de matute su mensaje oculto, sentencia el juez satisfecho de su agudeza adulta. Nadie es inocente cuando el que mira es un juez seguro de sí mismo.

Pero el lector que —para su fortuna— no aprendió aún a leer entre líneas, aquel que se entrega al libro con una espléndida inocencia, es decir, sin apriorismos morales ni desconfianzas conceptuales, juzgará esa lectura sólo desde una verdad: lo realmente imperdonable es el aburrimiento. No hay para él otra regla que esa abrumadora evidencia. Y esa rotunda reacción de simpatía/antipatía se impone intelectualmente por encima de los contenidos. En cualquier tema puede habitar la fuerza de la belleza y la emoción o, por el contrario, estar agazapado el bostezo.

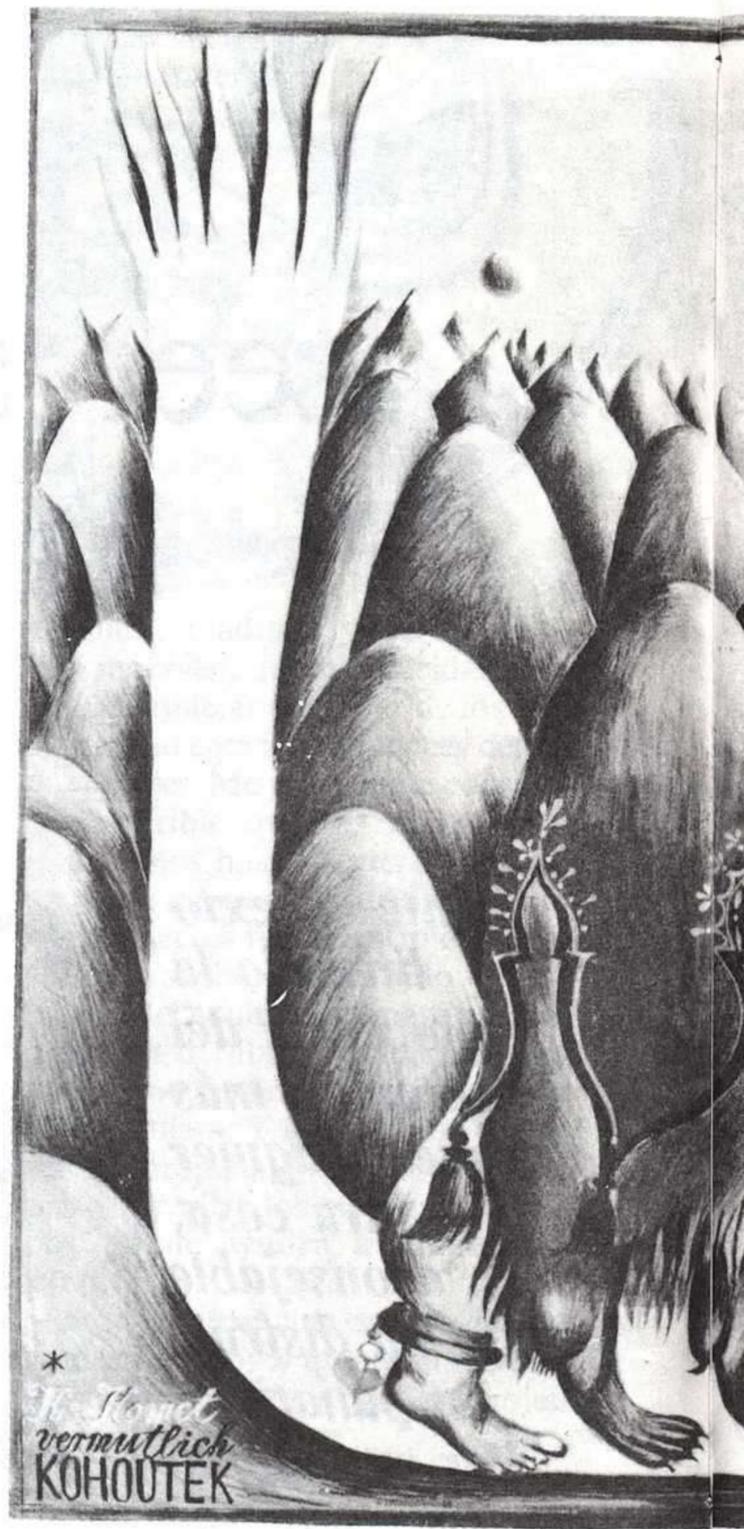
La infancia y la juventud se hallan hoy secuestradas en instituciones que las guardan de los embates de la vida. Están rodeadas de mayores especiali-

zados en filtrarles y adaptarles a sus pretendidas capacidades cognitivas los mensajes que les llegan hasta las confortables cavernas en las que ellos intentan conservar alguna autonomía e ir creciendo. Todo lo que se acerca a la infancia sufre un poderoso influjo reductor: se artificializa. Parecería como si en nombre de legítimas consideraciones psico-pedagógicas o de prevenciones morales, el adulto disfrazase su miedo a ese ser desconocido, imprevisible y mudadizo que es un niño creciendo. Con ese bienintencionado afán protector se consigue, paradójicamente y por regla general, un sólido entontecimiento de las generaciones a él sometidas obligatoriamente.

Un sólo ejemplo me será permitido: el libro de texto. El libro de texto es un instrumento informativo de relativa utilidad para el docente, que puede darle una cierta seguridad en su tarea de transmisión de conocimientos o de información. Desde el punto de vista del discente, el libro de texto es una concesión que él ha de hacer para tranquilizar a los habitantes adultos de la institución escolar, aunque sea renunciando a un ejercicio más autónomo y activo de su capacidad de aprendizaje, objetivo explícito de la escuela. El alumno visita asidua y obligadamente el libro de texto y, a menudo, eso le basta para disuadir su interés lector. Otros canales narradores le fascinarán con suma facilidad y sin obligatoriedad.

¿Proteger a la infancia o protegernos de la infancia?

Tal situación de pretendida protección de la infancia, en nombre de los valores y los temores que los adultos tenemos adheridos a nuestro cerebro y a nuestra historia, es actualmente insostenible. Lo que no equivale a afirmar que esa protección no deba llevarse a cabo, sino que debiera hacerse de otros modos menos inútiles y contraproducentes.



Los medios de comunicación de masas, y la televisión en especial, han venido a romper ese frágil cordón sanitario-moral que trata de preservar a las jóvenes generaciones de los numerosos virus que inoculan sus males en los escenarios de la vida adulta. El mundo irrumpe en diferido y muestra crudamente sus mensajes de todo tipo, metiéndose en las casas y en los corazones. Los nacidos en la galaxia anterior, es decir, en ausencia de tales ingenios informativos, exigían a la escuela —sin demasiado éxito por



MÓNICA VON ZALLINGER.

otra parte— que les narrara cómo era el mundo, puesto que la vida era opaca. Tenían, además, una obligación extraescolar y biológica que cumplir: compensar las imposiciones, luchar contra el tedio mediante la exploración de espacios, rincones simbólicos y sendas vetadas. Para esas generaciones la literatura, entre otros vicios —y mejor si estaba prohibida— era un recurso con el que ejercer esa insumisión de un modo amable, poco estridente y más edificante que la moralina oficial. Un buen libro, cualquier

que fuese su hipotético podrido mensaje entre líneas, suponía un suplemento de oxígeno en una sociedad cerrada y mohosa. Más tarde el inocente lector alcanzaría a descubrir que Tarzán —como cualquier padre simbólico o real— también tenía defectos, lo que le hacía entrañablemente molesto pero aún más inolvidable. Esto siempre, como en todo amor, se descubre más tarde, en una posterior lectura o rememoración.

Sólo imperaba una condición suprema y universalmente aceptada por

el lector proscrito del mundo real: la calidad, o una cierta interpretación individualista de este término. Conviene decir para evitar malentendidos, que es éste un juicio, a menudo inconsciente, que sólo puede emitir el lector. Lo que realmente es imperdonable es el aburrimiento, la mediocridad, el plagio. En una palabra: la mala literatura, que no es —como podría suponerse— la literatura mala.

Pueden encontrarse hermosos libros, escritos maravillosamente acerca de cuestiones rotundamente inmorales, plagadas de mensajes reaccionarios y de estereotipos horribles. Pero las estanterías infantiles suelen rebosar de libros con altísimos valores —según criterios del adulto de turno— capaces de producir somnolencia a una ardilla. Lo contrario es, afortunadamente, también posible. Ello no impide que un adulto, lo más transparente y poco impositivo posible, oriente, casi al azar, el encuentro del joven lector con esa joya rara: la literatura de calidad. A condición de que el orientador esté dispuesto a dejarse orientar a su vez por las opiniones, gustos y preferencias de aquél.

De modo que leer entre líneas es una costumbre interesante. Pero conviene precisar que puede quedarse en un ejercicio de lectura plana, tramposa, puesto que fuerza la inocencia directa de la narración. Una cosa es leer una tarde cualquiera, escapándose de mil cosas, y otra muy distinta es hacer un sesudo análisis de contenido... y pretender imponerlo con un criterio de calidad literaria. Las censuras son perniciosas, apunten con sus escopetas de valores a derecha o a izquierda, al norte o al sur. Lo que no obsta a que, demasiado a menudo, sea preciso prescindir de algunas lecturas: sólo de aquellas que producen tedio y alumbran enemigos del libro. Esta prohibición no es necesario imponerla: se constituye por sí sola. Es una ley no escrita... Ni siquiera entre líneas. ■